

Plataforma
Ficción

El club de la escalera

Sergio Vila-Sanjuán

**TEATRO
CONTRA EL
BULLYING**



El club de la escalera

Obra teatral en un acto

Sergio Vila-Sanjuán

Primera edición en esta colección:
octubre de 2014

© Sergio Vila-Sanjuán, 2014
© de la presente edición, Plataforma Editorial, 2014

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

Depósito legal:
B. 19289-2014
ISBN:
978-84-16096-91-6

Diseño de cubierta y composición:
Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

PRÓLOGO

Una lacra devastadora, por Ferran Barri

El acoso escolar o *bullying* es una lacra que ha afectado y sigue afectando de forma devastadora a muchos niños y adolescentes, tanto en el pasado como en el presente, a pesar de los cambios que por fortuna se han producido en nuestra sociedad respecto a esta problemática en los últimos años.

Denominamos *bullying* al acoso escolar que se manifiesta de forma sistemática y continuada en el tiempo, que provoca una desestructuración en la personalidad de las víctimas y que las inhibe en sus interacciones sociales, ocasionando graves problemas de autoestima, y que puede dejar secuelas permanentes. El *bullying* se produce a espaldas de los adultos y dentro del grupo de iguales, en el cual el acosador o los acosadores tratan de buscar su reconocimiento y respaldo, ya sea haciéndolo partícipe o consiguiendo que sus integrantes asistan como meros espectadores de sus fechorías y que les rían sus presuntas gracias, que evidentemente no lo son.

Para conseguir sus fines, los verdugos no dudan en usar todos los medios a su alcance, como deshumanizar a sus víctimas despojándolas de sus propios nombres, que cambian por mote, o convertirlos en caricaturas que los muestran de forma grotesca ante sus compañeros. De este modo, consiguen que estos intervengan en muchos casos, ha-

ciéndoles creer que están participando de una broma y no de un acto que, en realidad, constituye una actividad delictiva.

En el pasado, por desgracia, la sociedad no era consciente del daño que el acoso escolar podía producir. «Son cosas de niños», se decía, y se tildaba de chivatos a quienes se quejaban, y se arremetía contra ellos aún con mayor crueldad e intensidad. Si bien este concepto ha cambiado, hoy siguen produciéndose situaciones de acoso que se han visto agravadas por la presencia de las nuevas tecnologías, tan extraordinarias y maravillosas en otros aspectos, pero que también han llegado a los acosadores de forma fácil y económica, posibilitando que sean usadas como potentísimas armas contra sus víctimas.

Es importante recordar que, a pesar de que muchas personas conocen los efectos inminentes del *bullying*, son pocas las que saben que, por ejemplo, los acosadores infanto-juveniles son candidatos a maltratar a sus parejas o a hacer *mobbing* a sus compañeros de trabajo en la vida adulta, y muchas menos aún son conocedoras de que los hijos de las víctimas de acoso escolar tienen más propensión que el resto de la población a sufrirlo en sus carnes, que los que fueron víctimas en su infancia o juventud pueden tener más dificultades en mantener un puesto de trabajo estable y para establecer relaciones de pareja e interpersonales en general, o que el hecho de haber sufrido *bullying* está relacionado con el uso de drogas, e incluso con el padecimiento de determinados problemas de salud mental.

Como podemos apreciar, el acoso escolar no solo puede amargar la vida de los escolares y sus familias, sino que puede marcarles de por vida tanto si son víctimas del mis-

mo como verdugos a los que por permisividad, desconocimiento u otros motivos no se ha puesto freno a sus actuaciones.

En la actualidad, en nuestros centros docentes se han establecido protocolos y mecanismos para prevenir, detectar e intervenir en casos de *bullying*, y los docentes están informados y formados para poder actuar de forma eficaz ante cualquier situación de acoso. En este cambio de mentalidad han influido muchas personas que se han ocupado de estudiar y difundir sus conocimientos, creando una presión que ha provocado el cambio en la percepción social de este grave problema que afecta a nuestra infancia y juventud.

El autor de la obra que vais a leer, y que quizás os animéis a representar, es también una de estas personas que con su trabajo describe de forma magistral esta auténtica lacra, y sobre todo incide en el aspecto, que tan poco solemos tener en cuenta, de las secuelas a largo plazo que sufren las personas que han vivido este tipo de situaciones de acoso.

Ganador de un premio Nadal (2013), el periodista y escritor Sergio Vila-Sanjuán nos tenía acostumbrados a deleitarnos con sus novelas, ensayos y artículos de prensa, pero hoy se manifiesta también como autor teatral, que sitúa en escena a unos personajes que se reencuentran treinta y cinco años después de haber terminado su bachillerato, cursado en un centro religioso de la zona alta de la Barcelona de los años sesenta y setenta, aún en plena época de la dictadura.

Durante la conversación entre los diversos personajes vamos viendo cómo afloran fantasmas del pasado (y nunca mejor dicho, como verá el lector cuando lea la obra), y al

matón de aquella época le recriminan sus actuaciones juveniles, que él trata de justificar usando los sabidos y consabidos tópicos a los que, como hemos explicado anteriormente, recurren los acosadores para justificarse ante el grupo.

Las situaciones que crea el autor y las sucesivas intervenciones de los personajes, que se suceden con frescura y de un modo muy original, nos introducen de lleno en el desarrollo de la obra, que se hace fácil de leer y se intuye también muy fácil de representar. Cosa que deseamos que suceda, pues su difusión puede ayudar a comprender del mejor modo esta problemática, y sensibilizar al público en general y, en particular, a todos aquellos que trabajamos con niños y jóvenes, para que no toleremos más este tipo de conductas de acoso.

Espero que el lector disfrute tanto como ha disfrutado quien firma este prólogo, a la vez que conozca o reconozca las características propias del *bullying* y sus consecuencias a corto y largo plazo, y que le sirvan de tema de reflexión y concienciación ante uno de los mayores problemas a los que se enfrentan nuestros menores. Feliz lectura.

FERRAN BARRI es psicólogo, periodista y profesor en un instituto de enseñanza secundaria. Ha estudiado la problemática del *bullying*, ha participado en congresos internacionales universitarios sobre el tema en Europa y América, y ha colaborado en diferentes espacios de radio, televisión y prensa. Ha publicado *Sosbullying, prevenir el acoso escolar y mejorar la convivencia* (Wolters Kluwer, 2006) y *Acoso escolar o bullying* (Altaría, 2013).

Personajes en escena

Manuel Rovira

Mario Suelves

Dafnis

Personajes que aparecen

únicamente en pantalla

Agustín Mata

Héctor Conde

Juan Suau

La acción transcurre en el amplio reservado de un restaurante de categoría mediana, donde está preparada una larga mesa con los cubiertos dispuestos y botellas de agua y vino para una veintena de personas. En una esquina hay un carro con bebidas de alta graduación.

Sentado en un extremo de la mesa, aparentemente consultando su Smartphone, está Suelves. Presenta un aspecto discreto y serio, con traje semioscuro y camisa abierta, sin corbata.

Entra en escena Rovira. Muy moreno, como quien va a sesiones de bronceado artificial, lleva una camisa estampada de vistosos colores y una cadena de oro en el cuello. El cabello, con claros, luce un subido tono entre castaño y pelirrojo, obviamente producto del tinte.

Ambos personajes están en la cincuentena.

ROVIRA (*desde la esquina*). Hola.

Suelves continúa con el teléfono, sin hacerle caso.

ROVIRA. ¡Eh, hola!

Suelves sigue con lo suyo impertérrito. Rovira se acerca hasta pocos centímetros.

ROVIRA. Oye, tío, ¿no me has oído?

Suelves, como si no hubiera registrado hasta ahora su presencia, despistado, levanta la mirada.

SUELVES. Hombre, hombre... (*Se incorpora.*)

ROVIRA. Tú eres...

SUELVES. Yo soy...

ROVIRA. ¡No me digas!

SUELVES. Sí te digo.

ROVIRA. Hostia, hostia, tío... ¡Cuánto tiempo!

SUELVES. ¿Treinta y cinco años?

ROVIRA. No me lo puedo creer. ¡Venga, dame un abrazo!

Ambos se abrazan efusivamente.

ROVIRA (*emocionado*). Coño, cuánto tiempo. Así que eras tú... Mira por dónde...

SUELVES. ¿Te extraña?

ROVIRA. Sí, claro, bueno, extrañado lo estoy desde hace días. Desde que recibí ese mensaje; no entendía bien de

qué se trataba. Si no fuera por la referencia al cole, hubiera pensado que era una oferta comercial. La verdad es que me lo pensé mucho y al final estuve a punto de no venir.

SUELVES. ¿En serio?

ROVIRA. Es que me dejó pasmado ese *mail*, tan ceremonioso (*recita con tono engolado*): «Si usted es el Manuel Rovira que estudió en el colegio de los Padres Beneméritos de Barcelona, en el curso que acabó el bachillerato en 1974, por favor póngase en contacto con nosotros a propósito de un tema relacionado con su vida en aquella época». Oye, qué protocolario...

SUELVES. No iba a empezar a tutearte antes de confirmar que tú eras tú.

ROVIRA. ¿Cómo me localizaste?

SUELVES. Busqué por Google, había muchos Manuel Rovira. Luego consulté las páginas amarillas y también salían bastantes. En Facebook no estabas. Al final, a través del LinkedIn encontré a cuatro personas con tu nombre y os puse a todos el mensaje que recibiste...

ROVIRA. ¿Qué contestaron los otros tres?

SUELVES. Dos no respondieron, y uno me escribió que, aun en el caso de que fuera la persona que buscaba, tampoco hubiera podido contar con él, porque si había algo en esta vida de lo que tenía un recuerdo especialmente repulsivo, era de sus años de colegio.

ROVIRA. Es que, chico, ¡vaya idea! Buscarme tanto tiempo después, cuando ya habíamos perdido todo contacto. Pero tú no te arredraste, ¿eh? Qué alma de investigador tienes. Siempre has sido un figura, Suelves. (*Le coge cariñosamente el brazo.*)

SUELVES (*afable*). Y cuando te contactamos te picó la curiosidad, ¿eh?

ROVIRA. Hombre, es que el cole es el cole... Aquellos años fueron inolvidables. Es más, muchas veces he sentido que no hubiéramos mantenido el contacto de forma regular... ¡Con lo que me hubiera gustado tener noticias de todos vosotros!

SUELVES. ¿En serio?

ROVIRA. Sí, bueno, con algunos sí mantuve el contacto, pero a la mayoría os perdí de vista. No sé si te pasa a ti, pero yo pienso a menudo en aquellos tiempos, simples, tranquilos, sin problemas, con toda la vida por delante. Y, sobre todo, tiempos cachondos.

SUELVES (*en tono de complicidad*). Y que lo digas, nos lo pasamos bien, ¿eh?

ROVIRA. ¡Nos lo pasábamos muy bien! Con un cachondeo sano, que es lo que a mí me gusta. Sin dobleces, sin las cosas retorcidas de los adultos. Pero en fin, aquí estoy, ilusionado con volver a veros. Y ya puedes explicarme el motivo de tu llamada. ¿Qué os ronda por la cabeza a la vieja guardia de los Padres Beneméritos de Sarriá? ¿Es que preparáis el homenaje a algún cura de entonces? ¿Queda alguno vivo?

SUELVES (*evasivo*). Te lo iré explicando, no tengas prisa, lo de hoy es una especie de cena de antiguos alumnos... Aunque con alguna pequeña sorpresa especialmente preparada para ti. No te arrepentirás de haber venido... espero.

ROVIRA. ¿Sorpresas? Caramba, me tienes en ascuas.

SUELVES. Pero antes, cuéntame, ¿qué ha sido de tu vida desde entonces?

ROVIRA. Pues mira, no ha ido mal... Ya sabes que, aunque no sacaba muy buenas notas, soy una persona que sabe salir adelante.

SUELVES. Sin duda.

ROVIRA. Lo mío ha sido siempre el negocio directo, basado en las relaciones humanas. Con énfasis en el contacto personal. Yo soy de los que hacen tratos mirando a la gente a los ojos.

SUELVES. Eso estaba claro desde que éramos unos chavales.

ROVIRA. Así que he trabajado en muchas cosas: he sido representante de firmas deportivas, promotor inmobiliario... Cuando aún daban de sí me fue muy bien con unas promociones junto al mar. Y al mismo tiempo he llevado muchos años un local de playa, un chiringuito de nivel, que era a la vez restaurante y bar de copas, a mí siempre me ha gustado la vida nocturna...

SUELVES. Lo recuerdo.

ROVIRA. Y cuando me cansé de ese bar restaurante, que era un negocio de temporada, agotador, monté una compraventa de coches, seminuevos, de primera calidad: BMW, Audi, Volvo... Hasta hoy, ya me ves, ¡mejor que a los veinte años! Gano pasta, porque a pesar de la crisis, para los coches buenos siempre hay mercado; vivo bien, me divierto y salgo con unas titis estupendas. Ahora estoy con Jennifer, veinticinco años, modelo...

SUELVES. ¿Modelo de qué?

ROVIRA. Bueno, un poco de todo, ha hecho sesiones para catálogos de supermercado, también de ropa para almacenes; hace poco la llamaron para un folleto de una cadena de alimentación...

SUELVES. ¿De alimentación?

ROVIRA. Sí, de panaderías... Y ahora la han contactado para un reportaje en la revista *Confidencial*... Con lencería de la campaña de invierno.

SUELVES. ¿Con lencería quieres decir...?

ROVIRA (*riendo*). Ropa interior, hombre, ropa interior.

SUELVES. Ah...

ROVIRA. Y es que, tío, es una bomba, esa chica es una bomba, cuando la conocí en la discoteca nunca pude imaginar... La verdad es que los dos íbamos un poco pasados, nos habíamos metido de todo. Hay costumbres juveniles que no deben dejarse nunca, ya me entiendes, ¿eh? (*Acerca a la nariz el dorso de la mano y hace ademán de aspirar algo, al tiempo que le guiña un ojo a Suelves.*) Pero aquella noche... ¡Dios mío, qué noche! Ni te lo imaginas, Pitagorín.

SUELVES. ¿Por qué me llamas así?

ROVIRA. ¿No te acuerdas? Pitagorín bi-ri-bi-bi-bi, Pitagorín bi-ri-bi-bi-bi (*canturrea*), era lo que te decíamos, nos hacía mucha gracia, por tus notas y por aquel aspecto tan serio que tenías. Lo digo de buen rollo, ¿eh? (*Rovira le da a Suelves un golpecito de camaradería en el brazo, que su interlocutor aparta enseguida.*) Era cosa de niños, sin mala fe.

SUELVES (*con una sonrisa condescendiente*). ¿Ah, sí? Pues fíjate tú. No me acuerdo de eso. Para nada.

ROVIRA (*con tono bondadoso y didáctico*). Sí, hombre, Pitagorín, como el de los tebeos, un niño con gafas que lo sabía todo... (*Suelves le escucha impasible.*) Cuando pienso en aquella época, lo que recuerdo con más cariño es aquellas bromas, aquellos apodos divertidos, las risas, el compañerismo, todo lo que compartíamos.

SUELVES (*buscando complicidad*). En lo de la diversión llevas razón. ¡Qué hartones de reír que nos dábamos! (*Suena su Smartphone.*) Perdona un momento. (*Teclea rápidamente un mensaje, sin dar explicaciones, mientras su antiguo compañero le observa con curiosidad.*)

ROVIRA. Por cierto, ¿estás seguro de que va a venir más gente? Llevamos un rato, y míranos, tú y yo, aquí solos, como si estuviéramos pelando la pava. (*Risas.*) Y aún no me has explicado exactamente en qué consiste esto.

SUELVES. Tranquilo, ya ves que la mesa está preparada, este reservado lo hemos usado en convocatorias anteriores, pronto irán llegando los demás... Ahora justamente acabo de recibir una confirmación.

ROVIRA. Misterioso ¿eh? Siempre lo has sido un poco, Pitagorín. Tranquilo, tío, que no quiero ofenderte, es de buen rollito.

SUELVES. No, no, si me gusta. Eso de Pitagorín es muy ingenioso. ¡Ya me acuerdo de aquel personaje de los tebeos, era gracioso! Pi-ta-go-rín. Resulta sonoro.

ROVIRA (*desconcertado*). Sí, muy sonoro... Decía que lo del misterio siempre te ha ido... Me acuerdo muy bien, montaste con tus amigos aquel grupo como de novela policíaca, os escondíais en un rincón del patio.

SUELVES. ¿Te acuerdas de eso?

ROVIRA. Si, habíais tomado la idea de las novelas de aquel autor, no recuerdo el nombre, siempre he sido muy malo para la literatura.

SUELVES. Era una autora, Enid Blyton, la creadora de las series de los Siete Secretos y los Cinco. Los de mi grupo las devorábamos. Nos encantaban sus tramas de suspense, ambientadas en la campiña inglesa, con las cos-